

«COMIENZAN SU OBRA LOS GUSANOS»: EL TARDOFRANQUISMO VISTO DESDE LA PERSPECTIVA REPUBLICANA DE JOSÉ BERGAMÍN*

Iván López Cabello**

** Université de Bretagne Occidentale, Francia. E-mail: ivan.lopezcabello@univ-brest.fr

Recibido: 15 octubre 2015 / Revisado: 10 diciembre 2015 / Aceptado: 12 abril 2016 / Publicado: 15 febrero 2017

Resumen: Utilizando como fuente principal la colaboración que mantuvo el escritor José Bergamín con el semanario *Sábado Gráfico*, este artículo analiza la perspectiva republicana que ofreció de los dos últimos años de la dictadura franquista. La crítica que manifestó este destacado representante del exilio intelectual ante la inminente instauración de la Monarquía, fue el preludio de un grave desacuerdo de opinión que terminaría separándole del amplio consenso que se estableció tras la muerte de Franco.

Palabras clave: franquismo, antifranquismo, exilio, intelectuales, disidencia.

Abstract: The main source of reference for writing this article is José Bergamín's contribution to the weekly magazine *Sábado Gráfico*. It analyses the republican perspective presented by José Bergamín in the last two years of Franco's dictatorship. The criticism expressed by José Bergamín, the foremost representative of exiled intellectuals, against the imminent establishment of the monarchy, precluded a serious difference of opinion that would ultimately isolate him from the general consensus established after Franco's death.

Keywords: francoism, antifrancoism, exile, intellectuals, dissidence.

* Artículo basado en la comunicación presentada en el VIII Encuentro Internacional de Investigadores del Franquismo, celebrado en Barcelona en noviembre de 2013. Proyecto HAR2016-79134-R "Del franquismo a la marginalidad: disidencias políticas y culturales en la Transición española a la democracia", del Ministerio de Economía y Competitividad.

1. MUERTE PEREZOSA Y LARGA

El segundo retorno del escritor José Bergamín a España, en abril de 1970, se produjo a comienzos del tardofranquismo, una etapa caracterizada por la agonía de un régimen represivo que se había visto obligado a redefinirse en el contexto internacional de la Guerra Fría y cuya inestabilidad política terminó siendo permanente¹. La profunda transformación que había experimentado la sociedad española a partir de la década de los sesenta, como consecuencia del importante desarrollo de la industrialización y de los servicios, resultó imposible de controlar a largo plazo, lo que provocó la pérdida de credibilidad del régimen como opción de futuro y el surgimiento en el seno del franquismo de importantes divergencias sobre su continuidad después de Franco. Las autoridades pretendieron dejar *bien atado* el futuro del régimen franquista con la Ley Orgánica del Estado y la designación de Juan Carlos de Borbón como sucesor del dictador a título de Rey, a finales de la década de los sesenta, pero los problemas no dejaron de agravarse y las divergencias internas entre diferentes modelos de adaptación continuaron.

El enfrentamiento entre los distintos sectores de la élite franquista se expresó en los debates internos que sucedieron a la Ley Orgánica del Estado, y que giraron en torno a la consolidación institucional que requería la sucesión del

¹ Cf. Molinero, Carme; Ysàs, Pere, *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*. Barcelona, Crítica / Contrastes, 2008, 320.

dictador, mostrando las contradicciones propias a la crisis que padecía el régimen. Estos debates no pueden considerarse como un precedente político del proceso de democratización posterior, pues mostraban los límites del acuerdo fundamental que unía a los sectores aperturistas e inmovilistas, basado en la adhesión incondicional al régimen franquista. La dinámica de reforma y resistencia interna se desarrolló dentro de ese marco de acuerdo fundamental, que implicaba la aceptación de un conjunto de legitimidades que ofrecían una identidad común a la élite franquista. Esta unidad definía la posición política e ideológica del conjunto del franquismo en crisis².

A pesar del «escándalo Matesa», destapado en el verano de 1969, con el que Manuel Fraga y los partidarios de la apertura esperaban terminar con los inmovilistas representados por el vicepresidente del Gobierno Luis Carrero Blanco³, los tecnócratas ganaron aquella confrontación interna que debilitaría aún más a un régimen que entró en su agonía en la década de los setenta, coincidiendo con el final de la vida del dictador y de la generación de dirigentes formada en los años treinta. Tras veinticinco años de exilio, José Bergamín consiguió recuperar su pasaporte y regresar por segunda vez a España en este ambiente de alarma, confusión e incertidumbre que presidió la formación del nuevo Gobierno tras la crisis de octubre de 1969. Esta crisis provocó la cesión de los ministros Fernando María Castiella y Manuel Fraga, que eran, en opinión del escritor, los verdaderos responsables de su permanencia en el exilio⁴.

El importante cambio generacional que se produjo en la década de los setenta, y la evidencia de que el sistema político no tenía futuro sin transformaciones, generaron mayores tirante-

ces entre inmovilistas y aperturistas. A las tensiones que produjo el cambio gubernamental se sumó, un año después, la importante movilización interior y exterior contra el proceso de Burgos, lo que favoreció la conmutación de las penas que se habían impuesto, pero agravó sin embargo la sensación de malestar e incertidumbre de la élite franquista, fracturada y preocupada por el crecimiento de la conflictividad social y política. La «crisis de diciembre» de 1970 mostró que el franquismo tenía importantes debilidades pese a su potente aparato coercitivo. La élite franquista tomó conciencia entonces de los graves problemas que aquejaban al régimen, como la fragilidad institucional, el déficit de legitimidad, la impotencia ante las críticas exteriores, la deficiente percepción de la realidad sociopolítica española e internacional, las divergencias internas o el pesimismo ante el futuro del propio régimen. A pesar de ello, la cúpula franquista siguió mostrando un gran temor hacia cualquier cambio significativo del ordenamiento político, lo que aumentaría las contradicciones que reflejaban el desconcierto del conjunto de la clase política franquista, sometida a una creciente presión a favor de la democracia. Las tensiones internas y el malestar y la agresividad de los sectores ultrafranquistas se agravaron con el aumento de la oposición a la dictadura y la extensión de la conflictividad. A ello se sumaría el creciente desencuentro del régimen con la Iglesia, tras la elección de Tarancón como presidente de la Conferencia Episcopal y la declaración autocrítica de la Guerra Civil.

Las divergencias políticas empezaron a hacerse públicas a partir de entonces, y personalidades como Manuel Fraga se pronunciaron a favor de una política reformista, defendiendo la participación vía asociaciones políticas que aceptaran los principios del régimen. De este modo, quien fue responsable del segundo exilio de Bergamín, fue labrándose una imagen que había de presentarle durante el tardofranquismo como el referente del aperturismo, capaz de orientar la evolución del régimen dictatorial hacia un cambio institucional urgente para consolidar las previsiones sucesorias y las disposiciones tomadas con la aprobación de la Ley Orgánica del Estado⁵. La perspectiva reformista de Fraga partía de la propia legalidad del régimen y de la

² Gallego, Ferran, *El mito de la transición. De la crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*. Barcelona, Crítica, 2008, 14.

³ Chaput, Marie-Claude; Pérez Serrano, Julio, *Civilisation espagnole contemporaine (1868-2011)*, París, Presses Universitaires de France, 2011, 223.

⁴ Marchand, Jean-José, *Archives du XXe siècle. José Bergamín*. París, Société Française de Production, 1974; transcripción en López Cabello, Iván, *José Bergamín, una voz disidente en la España de la transición*. Tesis Doctoral, Université Paris Ouest Nanterre La Défense / Universidad de Cádiz, 10 de diciembre de 2012, volumen 2, 120.

⁵ *Ibid.*, 13.

exclusiva voluntad de sus mantenedores, siendo la forma monárquica del Estado la que permitía el reajuste institucional necesario para responder a la realidad de una España muy distinta a la del inicio de la dictadura. Con estos debates el régimen pretendió resolver la necesidad de legitimidad democrática de la que carecía, problema capital que reaparecería constantemente por ser imprescindible para su futuro. Las declaraciones de Franco y del Gobierno desvelaban, sin embargo, que el régimen parecía estar instalado de manera definitiva en el inmovilismo político, mostrando profundas contradicciones que acentuaron su crisis.

La percepción que tuvo Bergamín de aquella situación agónica del régimen franquista ha quedado recogida en su correspondencia con Rafael Alberti, a la que corresponden los siguientes versos de julio de 1972 acerca de la ascendente *carrera* de Carrero Blanco:

«Y aquí pienso de pronto en un carrero
que dar quiere en el blanco a la carrera,
mientras que miserable-
mente el sapo pardesco muerto impera,
impera muerto pero
feroz en su inmorir interminable.»⁶

En junio de 1973 Franco decidió renunciar a la presidencia del Gobierno y nombrar como sucesor a Carrero Blanco, quien presentó un gabinete más equilibrado para superar las divisiones internas, buscando así reconstruir la clase política franquista y asegurar el futuro del régimen. Aunque transmitió una imagen más dura y dejó claro su rechazo del reformismo, Carrero Blanco ofreció al Consejo Nacional la «incitación política» que permitiría perfeccionar el sistema. Estas propuestas no llegaron a debatirse al ser asesinado el presidente en el mes de diciembre de aquel mismo año, acontecimiento que provocó gran desconcierto en una dictadura que se mostraba vulnerable y frágil, a pesar de conservar todo el aparato coercitivo. La muerte del «hombre fuerte» del franquismo hizo más acuciante la crisis que venía padeciendo el régimen en relación a los cambios sociales que venían produciéndose en España, y que terminaría con

⁶ Alberti, Rafael; Bergamín, José, «X a X. Correspondencia en verso (inédita). Roma-Madrid», *Litoral*, volumen 109-111, 67.

el derrumbe del edificio político tras la muerte de Franco.

Bergamín publicó su primer artículo en el semanario madrileño *Sábado Gráfico* el 17 de noviembre de 1973⁷, un mes antes de ejecutarse la «operación ogra», nombre en clave con el que la organización ETA denominó la acción que terminó con la vida del presidente nombrado por Franco. En su segundo artículo, con el que iniciaba la sección «Las cosas que no pasan», puede observarse ya una alusión a la muerte de Carrero Blanco. Una alusión entre líneas, y hasta «entre palabras», que era un recurso utilizado habitualmente por el escritor, como señalaría la nota editorial de presentación de esta sección que apareció regularmente hasta 1978. En el citado artículo, Bergamín parece hacer referencia a Carrero Blanco en clave «taurinopolítica», concretamente en el segundo apartado que lleva por título «El arrastre», es decir, el acto de retirar del ruedo al toro muerto en lidia. En uno de sus característicos juegos de palabra, el escritor parece retratar al presidente del Gobierno y al conjunto de la clase política franquista, recurriendo al título de la obra de José Echegaray *A fuerza de arrastrarse*⁸:

«La idea de aquella comedia (al teatro de su autor se le llamaba “teatro de ideas”) era la de que arrastrarse «para llegar», para subir en la vida o escala social, era la imagen más adecuada de expresar la vileza del ambicioso, adulador, sin talento ni escrúpulo morales, al que se le dijo “arribista” o en América “avorazado”: que es el que se arrastra servil para llegar a donde sea, a lo que sea, y sea como sea para lograrlo.»⁹

La dictadura se hallaba inmersa en una profunda crisis política y social en aquel momento, a la que se añadiría la crisis económica internacional, lo que provocó la mayor sensación de incertidumbre que vivió el régimen franquista. Aunque había mostrado que contaba con recur-

⁷ Bergamín, José, «Los monos de Gibraltar», *Sábado Gráfico*, volumen 859, 19.

⁸ Echegaray, José, *A fuerza de arrastrarse. Farsa cómica en prosa un prólogo y tres actos*. Madrid, R. Velasco, 1905, 104.

⁹ Bergamín, José, «[Los trajes de luces]», *Sábado Gráfico*, volumen 870, 23.

so coercitivos para mantener el orden, la falta de legitimidad democrática constituía un problema creciente que hacía necesaria la introducción de cambios, lo que obligó a continuar con el debate sobre el «desarrollo político» en el seno de una clase política dividida.

En el tercer fragmento, titulado «Las rendijas», de aquel primer artículo que abría la sección «Las cosas que no pasan», Bergamín ofrece una burlesca alusión al forcejeo de la élite franquista entre el inmovilismo y el aperturismo, llamando la atención hacia un término clave del tardofranquismo como fue el de «apertura»¹⁰. Siempre de forma velada para evitar la censura, y ante la previsible apertura controlada del régimen franquista, el escritor manifestaba su reivindicación de un régimen de plenas libertades en España:

«Piensa Pero Grullo que abrir y cerrar puertas y ventanas no es lo mismo que abrir y cerrar un paraguas o una sombrilla o un abanico: aunque a veces la necesidad que lo motive se le parezca. Pero una puerta o ventana se puede entreabrir expresamente. A las puertas entreabiertas se les pone una cadena para que no dejen, sin embargo, el paso libre del todo.

[...] No debemos olvidar por ello que la verdad proverbial que dice que “donde una puerta se cierra, otra se abre”, lo es también verdadera en su reverso: que donde una puerta se abre, otra se cierra.

[...] Y aquello de que “no hay que ponerle puertas al campo”, piensa Pero Grullo que también puede ser una verdad suya.»¹¹

En 1974 llegó la hora de la *apertura* como último recurso para asegurar el futuro de la dictadura, cuestión que se situó en el centro de la vida política al ser nombrado presidente del Gobierno Carlos Arias Navarro, uno de los hombres duros del franquismo que pareció querer adoptar esta vía en un primer momento. Tras excluir a los tecnócratas del poder, formó

un gabinete heterogéneo y sin cohesión que provocó el desconcierto de los inmovilistas y la radicalización de los sectores ultras. Diez días después de inaugurar Bergamín su sección fija «Las cosas que no pasan», presentó Arias Navarro sus propuestas de limitadas reformas del ordenamiento dictatorial, que fueron bien acogidas por los sectores aperturistas. El nuevo lenguaje y las promesas de ampliar la participación que conllevaba el célebre «espíritu del 12 de febrero», no constituyó una verdadera propuesta de cambio democratizador, sino un símbolo efímero que mostraría que el franquismo era incompatible con el auténtico pluralismo político y con las libertades civiles y políticas, estando abocadas al fracaso todas las tentativas de asentar la denominada «democracia orgánica».

La oposición vio claramente los límites del aperturismo y desconfió de la iniciativa del Gobierno, en una etapa caracterizada por la búsqueda de acciones conjuntas contra el régimen y la presentación de alternativas globales propias sobre el futuro del país¹². La más conocida y activa de esas alianzas, por su inclinación a la movilización popular, fue la Junta Democrática de España creada por iniciativa del PCE y presentada en París en julio de 1974, cuyo manifiesto proponía un verdadero programa de gobierno. Al año siguiente lanzaría el denominado «Manifiesto de la Reconciliación», donde se exponía el concepto de «ruptura democrática», que significaba la destrucción de la legalidad y las instituciones franquistas de forma pacífica, el establecimiento de un gobierno provisional de amplia representación y el inicio de un proceso constituyente. La pretensión inicial de la Junta era crear una plataforma de fuerzas de oposición que hubiese apoyado la promoción de Juan de Borbón al trono, con la promesa de establecer una inmediata democratización en España tras la muerte de Franco, pero no contó con suficiente respaldo por temor a que ese decidido apoyo de la izquierda comprometiese la imagen de la Monarquía¹³.

El concepto de «ruptura democrática» utilizado por la oposición era, en principio, acorde a la reivindicación de una tercera república que

¹⁰ Fuentes Aragonés, Juan Francisco, «“Lo que los españoles llaman la transición”. Evolución histórica de un concepto clave», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, volumen 36-1, 137.

¹¹ Bergamín, José, «[Los trajes de luces]», op. cit.

¹² Cf. Aróstegui, Julio, *La Transición (1975-1982)*. Madrid, Acento, 2000, 24-27.

¹³ *Ibid.*, 26.

venía realizando Bergamín desde los primeros años de su exilio en México¹⁴, en la década de los cuarenta, posición que siguió manteniendo hasta el final de su vida. El escritor, sin embargo, denunció en sus artículos la ambigüedad que encontraba en aquella estrategia y manifestó su firme oposición a la política de reconciliación nacional promovida por el PCE desde los años cincuenta, como muestra esta cita sobre Santiago Carrillo de junio de 1974:

«Nos sorprende este comunista [Santiago Carrillo], porque todo lo que viene diciéndonos y practicando desde la dirección de su Partido, y ahora muy expresamente nos ratifica, es lo contrario: la renuncia a toda lucha armada como a toda violencia revolucionaria; predicando en España, muy de acuerdo ahora con la Iglesia Católica en nuestro país (si no arrepentida enteramente de su cruzada, deseosa de olvidarla), la “reconciliación nacional”. Olvidan tal vez estas dos Iglesias internacionales (no super-nacionales, al menos todavía) que el tiempo va borrando el sentido mismo de la palabra reconciliación, pues cada día van quedando —o vamos quedando— menos españoles necesitados de esa rezagada reconciliación misma: menos supervivientes y supermuerientes de ella.»¹⁵

Bergamín no parece rechazar el concepto de reconciliación mismo, sino más bien los intereses particulares que podía enmascarar una política como aquella, denunciando en el caso concreto del PCE el abandono de la lucha: «Una cosa es la reconciliación y otra, muy distinta, tratar de evitar la pelea, precaverla o condicionarla, reglamentarla como un duelo o como un juego¹⁶». Profundamente marcado por el impacto que le produjo la «explosión revolucionaria» de 1968 —«tan maravillosamente violenta como violentamente ahogada¹⁷—, Bergamín se opondría a la renuncia a la violencia revolucionaria promovida entonces por partidos como el PCE, considerando fundamental la lucha en la conquista por la democracia y las libertades. La

idea de reconciliación nacional iba pareja a la política pactista que se impondría finalmente durante el reinado de Juan Carlos I, y se convertiría, junto a la amnistía, en un elemento esencial del espíritu de concordia de la Transición que dio fundamento a la Monarquía parlamentaria.

Esta perspectiva crítica ofrecida por Bergamín de la reconciliación nacional, que encontramos ya en artículos de «Las cosas que no pasan» anteriores a la presentación de la Junta Democrática de España, constituye uno de los ejes principales de esta voz disidente. El escritor mostró una especial preocupación por el desarrollo del cambio político que se produjo tras la muerte de Carrero Blanco, captando su atención las diferentes maniobras que se llevaron a cabo tanto desde el interior del régimen como desde la oposición antifranquista. Cabe señalar la coincidencia con el análisis «radicalmente libre» realizado desde Francia en las páginas de Cuadernos de Ruedo ibérico, en las que se ofrece una crítica contundente de la estrategia emprendida por la oposición moderada¹⁸.

El PSOE no quiso integrar la Junta Democrática de España por la importante discordia que mantenía con el PCE desde la Guerra Civil, y creó un año después, junto a otros grupos que recelaban de la hegemonía comunista, la Plataforma de Convergencia Democrática, que contó con más fuerzas pero con mucho menos dinamismo. El manifiesto que dieron a conocer era semejante al de la Junta Democrática de España, aunque la Plataforma parecía más predispuesta a una eventual negociación con los reformistas del régimen franquista. Desde septiembre de 1975 empezaron los contactos entre ambos organismos y las actuaciones conjuntas, publicando un primer documento por la «Acción Democrática Nacional» en el que abogaban por la «ruptura democrática» como solución para la liquidación de la dictadura. La oposición antifranquista preparaba el relevo en previsión del fracaso de los planes de Franco para su sucesión en la figura de quien era conocido como «Juanito el Breve», lo que debía dar paso a una ruptura política. En marzo de 1976 acabarían fusionándose ambos organismos bajo el nom-

¹⁴ Cf. Bergamín, José, «The Third Spanish Republic», *Foreign Affairs* (1944).

¹⁵ Bergamín, José, «Sí, pero no», *Sábado Gráfico*, volumen 890, 11.

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Ibid.

¹⁸ Véase como ejemplo Martínez Alier, Joan, «¿Quién amnistiara al amnistiador?», *Cuadernos de Ruedo ibérico*, volumen 46-48.

bre de Coordinación Democrática, conocida también como la «Platajunta».

Este proceso de confluencia se produjo en un momento de creciente conflictividad obrera, universitaria y del movimiento vecinal, en el que el Gobierno decidió aprobar la regulación de la huelga para canalizar dentro de la legalidad los crecientes conflictos obreros, algo que había sido rechazado y combatido durante toda la dictadura. El éxito rotundo de Comisiones Obreras en las elecciones de la primavera de 1975 provocó, sin embargo, una situación crítica que manifestaba el fracaso político del régimen al perder la capacidad de control del orden laboral, careciendo de otra alternativa más que la represión.

La imagen del «espíritu del 12 de febrero» alentada por Arias Navarro quedó rápidamente dañada con la crisis entre el Gobierno y la Iglesia que provocó la homilía de Añoberos a favor de los vascos, con el apoyo de Tarancón. La ola de protestas internacional contra el franquismo que se produjo tras la ejecución de Puig Antich, terminó de contradecir el supuesto reformismo del régimen. Por otra parte, la Revolución de los Claveles, en abril de 1974, animó las aspiraciones democráticas en España, al poner fin a la dictadura más larga de Europa, a la que seguiría la caída del «régimen de los coroneles» de Grecia, en el mes de julio, instaurando ambos países sendas repúblicas antes de terminar ese año. Estos sucesos promovieron también en España la creación de la Unión Militar Democrática, que abrió una significativa disidencia militar en un Ejército que había sido hasta entonces monolíticamente franquista. Ante la evidente crisis del régimen, se extendió la inquietud en la clase política franquista y aumentó la beligerancia contra el aperturismo de los sectores ultrafranquistas e inmovilistas, que constituirían el «búnker», cuya presión provocó la destitución del jefe del Alto Estado Mayor, Manuel Díez Alegría, y una crisis en el Ejército.

En este contexto hizo el Gobierno de Arias Navarro una nueva propuesta sobre el llamado «desarrollo político», planteando el problema clave del asociacionismo con las mismas limitaciones anteriores, pero tratando ahora de reformar moderadamente el régimen para asegurar su futuro por la inquietud ante su creciente crisis. La sensación de incertidumbre se acentuó

por el temor del Gobierno a un contagio del proceso revolucionario que vivía el país vecino, enrareciéndose cada vez más el clima político y aumentando la beligerancia del búnker contra la apertura de Arias Navarro, que terminaría por estancarse. El Gobierno mantuvo finalmente la misma posición inmovilista que Carrero Blanco, provocando una situación contradictoria que resultaría insostenible y que frustraría a quienes esperaban una vía democratizadora.

2. COMIENZAN SU OBRA LOS GUSANOS

La hospitalización de Franco durante el verano de 1974 agudizó la crisis del régimen, pues planteaba la urgencia del llamado «hecho sucesorio» y mostraba que la figura del Caudillo era una pieza esencial. La «camarilla de El Pardo» adquirió a partir de entonces gran protagonismo. Durante la convalecencia se produjo un primer traspaso interino de poderes al príncipe Juan Carlos de Borbón, lo que anunciaba de algún modo el final del franquismo. Bergamín prestó especial atención a este proceso y denunció en sus artículos los movimientos realizados por los diferentes grupos políticos que huirían, en su opinión, «como ratas al hundirse el barco¹⁹». El escritor describió de este modo el clima de naufragio colectivo que se expandió entre cargos públicos y altos funcionarios, por la sensación de que el Estado surgido del 18 de julio no podría sobrevivir a su fundador. El efecto dominó que se produjo en algunas instancias del régimen en vísperas de la muerte del dictador, de graves consecuencias para la viabilidad de un franquismo sin Franco, motivó artículos como el publicado en ABC por Luis María Ansón bajo el título «Cobardía moral», en el que recurre a la misma metáfora del «rumor de ratas que abandonan la nave del régimen» en un «sálvese quien pueda²⁰».

Bergamín no dejó de incitar a la sociedad española a combatir una dictadura que daba ya señales de alarma, animándola a no amedrentarse ante la propagación en aquellos momentos del factor miedo. Estos versos, incluidos en su artículo «Las malas verdades de un duendecito

¹⁹ Bergamín, José, «Fantasmagorías», *Sábado Gráfico*, volumen 893, 11.

²⁰ Citado en Fuentes Aragonés, Juan Francisco, «"Lo que los españoles llaman la transición". Evolución histórica de un concepto clave», op. cit., 137.

hablador», de julio de 1974, son buen ejemplo de ello:

«Decís: “¡La que se va a armar!”.
Os diré que ya está armada
con armadura cerrada
difícil de desarmar.
No os dejéis alarmar,
que a golpes –y no de dados–
se forjan tales Estados
de razón, y sus alarmas
las arman los que tienen armas,
no los que están desarmados.»²¹

Lejos del discurso de la reconciliación nacional promovido por la oposición, Bergamín reivindicaría la memoria de la Guerra Civil y combatiría el temor a un posible resurgir del conflicto en aquella situación de tensión e incertidumbre²². En artículos como «Hablar por no hablar», publicado una semana después del citado anteriormente, el escritor denuncia la renuncia a la justicia y el olvido de la lucha a favor de la causa republicana que se estaba produciendo. Vislumbraba, en cierto modo, la reivindicación de «verdad, justicia y reparación» que harían las generaciones posteriores:

«Aquella realidad, aquella vida –y muerte y agonía–, ¿no es ya más que un fantasma? ¿Qué se les aparecerá a los jóvenes españoles, sus hijos, –que ahora vean “Guernica”, que lean “L’Espoir”– como una hamlética sombra paternal que viene a reclamarles, no venganza, sino justicia?»²³

En agosto de 1974, dentro de este contexto de convalecencia de Franco e interinidad del príncipe Juan Carlos, publicó Bergamín su artículo «Comienzan su obra los gusanos²⁴...», en el que cuestiona y desenmascara la lógica iniciada con el «espíritu del 12 de febrero» promovido por Arias Navarro en previsión del «hecho sucesorio». La confrontación del escritor es abierta y clara con el discurso gubernamental desarrollado en esta fase de crisis orgánica del régimen,

marcada por la cuestión de la herencia y de la sucesión del franquismo. El título metafórico de este artículo así lo muestra, y hace referencia a una cuestión central en el discurso desarrollado por Bergamín en aquellos momentos. El escritor tratará de desvelar el modo en que el bloque social que había gobernado el país durante los años del franquismo, fue hallando los factores de recambio que terminarían por debilitar a la oposición antifranquista²⁵.

El título del artículo citado proviene de un terceto de «Santa Elena de Montenegro²⁶», de Rubén Darío, que Bergamín consideraba un «espantable poema profético, apocalíptico, como visión goyesca de “negro horror”, cuyo recuerdo actual nos parece aún más consonante con nuestro tiempo, más actual si cabe, que cuando el poeta lo escribía²⁷». El escritor ofrece una descripción tétrica de la grave situación política que padecía el régimen aquel verano, sin hacer referencias directas, pero sí evocaciones que mostraban la evidencia del estado de descomposición en que se encontraba. La hospitalización de Franco anunciaba la muerte del Caudillo y ponía en primer plano la herencia de aquel «Reino sin rey» que había gobernado de forma absoluta durante cuatro décadas. Esta era la cuestión fundamental para el escritor, por ser no tanto el «cadáver» como sus «gusanos» los verdaderos protagonistas del proceso político que abría este acontecimiento, al rellenar el vacío de poder de la fortaleza franquista. La siguiente cita muestra el tono *necrófago* que llega a emplear el escritor:

«La “obra de los gusanos” no es obra divina, sino diabólica, porque es la obra devoradora, no del tiempo, sino de la muerte. Porque los herederos legítimos del cadáver son gusanos –como hubiera dicho shakespearianamente Quevedo–, para decirnos que el sepulcro es la institución de la muerte; que la institucionalidad inmortalizadora es la tumba.»²⁸

²¹ Bergamín, José, «Las malas verdades de un duendecito hablador», *Sábado Gráfico*, volumen 894, 11.

²² Cf. Bergamín José, «Fantasmagorías», op. cit.

²³ Bergamín, José, «Hablar por no hablar», *Sábado Gráfico*, volumen 895, 29.

²⁴ Bergamín, José, «Comienzan su obra los gusanos...», *Sábado Gráfico*, volumen 897, 29.

²⁵ Cf. Gallego, Ferran, *El mito de la transición*, op. cit., 695.

²⁶ Darío, Rubén, *Poesía*. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 1985, 377-379 (incluido en *Poemas del otoño y otros poemas*, de 1908).

²⁷ Bergamín José, «Comienzan su obra los gusanos...», op. cit.

²⁸ Ibid.

El Estado franquista se mostraba claramente como sucesor de la Monarquía hispánica bajo la interinidad del príncipe Juan Carlos, encarnando de este modo una institución que Bergamín consideraba una experiencia fracasada del pasado, una institución muerta que no podía ofrecer más que un futuro putrefacto. El escritor recurre a sus recuerdos de infancia para ofrecer un retrato goyesco de la muerte y herencia del Caudillo vislumbradas en aquel verano, evocando su visita al «pudridero real» del Monasterio de El Escorial, donde se depositaron los restos de Felipe II y sus sucesores:

«Para que se pudrieran, esto es, para darle tiempo a sus gusanos de devorarlos enteramente: de comenzar su obra hasta darle fin o acabóse [sic] definitivo. Y todavía nos parecía más terrible pensar que en el cuerpo vivo, si agonizante, de aquel magnífico rey que instituyera tan magnífico panteón, la "obra de los gusanos" empezó, según cuenta la historia, cuando todavía no había bajado al sepulcro y antes de pasar por la interinidad macabra de su pudridero real.»²⁹

Es sorprendente el paralelismo con la imagen ofrecida por Max Aub de la Monarquía borbónica en «El nuevo tratado de París³⁰», denunciando en los años sesenta el camino reconciliador emprendido por grupos del exilio y de la oposición antifranquista: «llevando en sus hombros carcomidos la real silla de la agusanada monarquía».

Bergamín presenta, de modo velado, la interinidad del príncipe Juan Carlos como el comienzo de la obra de los herederos legítimos de Franco, cuyo régimen se encontraba ya en estado de descomposición. Describe el tiempo que duró el desempeño interino del cargo, como un «"suspense" cinematográfico, tan esperado como desesperado y desesperante», un «entretanto» o tiempo intermedio en que «la gusanera de la putrefacción se devora a sí misma», agudizando la incertidumbre «entre tantos» caminos posibles o deseables. A través de

sus característicos juegos de palabras, insiste también en el error histórico que en su opinión supuso la precedente restauración de la Monarquía borbónica, por considerarla un entretanto «entre dos repúblicas sacrificadas por los impacientes entretantistas a las aparentes seguridades del entre-tanto mismo, del entretantismo».

Con este tono irónico, el escritor reivindicaba un régimen republicano que permitiese cerrar el círculo diabólico que perpetuaba aquella Monarquía que pronto sería nuevamente restaurada. La disyuntiva entre monarquía y república es una cuestión esencial en su discurso político, como pone de manifiesto el artículo comentado, que termina llamando la atención sobre la «cuerda floja» sobre la que caminaban las autoridades franquistas, obligadas a «dar cuerda» o a aflojarla, para no ser arrastradas por la presión sociopolítica que amenazaba con derribarlas del poder. Esta reflexión indica el sentido último que tenía para el escritor el aperturismo, una estrategia de permanencia en el poder: «"Dios aprieta, pero no ahoga", añadiendo: y también afloja, pero no suelta.»

El artículo «Comienzan su obra los gusanos...» fue objeto de una nota por parte de la Jefatura de Información de la Dirección General de Seguridad pocas semanas después de su publicación, en la que se informa sobre la difusión de fotocopias del mismo realizada entre sus amigos por el escritor, a quien se califica de «republicano pro-comunista³¹». Este documento prueba que las autoridades franquistas no le perdieron de vista tras autorizar su segundo retorno a España, manteniendo el seguimiento de que había sido objeto desde que comenzara su exilio tras la derrota republicana.

Con motivo del cuarenta aniversario de la muerte de Sánchez Mejías, y recordando al mismo tiempo la muerte de su amigo Federico García Lorca, Bergamín volvió a hacer una alusión implícita a la muerte de Franco, tan esperada por muchos dentro y fuera de España. El escritor había acompañado personalmente al célebre torero en su «perezosa y larga» agonía, y recordaba las voces que preguntaban con

²⁹ Ibid.

³⁰ Aub, Max, *Hablo como hombre. Obras incompletas de Max Aub*. Segorbe, Fundación Max Aub, 2002, 194-195.

³¹ ARCHIVO GENERAL DE LA ADMINISTRACIÓN, signatura topográfica A10, H-85, nº 85, 5 de septiembre de 1974.

angustia: «¿Se ha muerto ya³²?». Esas mismas voces volvía a escuchar ante la muerte del dictador, estableciendo un paralelismo entre ambas, pero la respuesta fue negativa en el caso de Franco, quien reasumió los poderes el mes de septiembre de 1974. Con él volvían los fantasmas que representaba, en opinión del escritor, pues consideraba al dictador un signo de muerte, como mostraba la pena de muerte a la que no dejó de recurrir hasta el final de sus días. Este resurgimiento no impidió que Bergamín mantuviese viva su fe republicana y su espíritu combativo, y conservó la esperanza en que el «canto del gallo» anunciara un nuevo amanecer y espantase a los malos fantasmas:

«Yo no sé qué fantasmas malos o buenos podrán aparecer ahora en España; en esta España que tanta riqueza tuvo siempre de ellos. No sé qué luminoso o tenebroso reino fantasmal oscurece o clarea su horizonte, pero me parece sentir que en esos horizontes españoles alborea, o pelea por alborear, agoniza, una aurora: un nuevo sol entre celajes que simulan llamas y sangre. «¿No oís cantar los gallos de esa aurora?» —como diría Antonio Machado.»³³

Tras el atentado de la calle Correo de Madrid, se abrió un momento de gran agitación para la dictadura. La beligerancia del búnker contra el aperturismo aumentó y fue destituido Pío Cabanillas, joven ministro que encarnaba la apertura por su tolerancia informativa. Esto provocó una nueva crisis gubernamental y la dimisión de varios de sus componentes, lo que mostraba el final del «espíritu del 12 de febrero» y la descomposición de la clase política franquista. Desde el Gobierno se optó por una política más beligerante contra la «subversión ideológica» y el ministro de Información, León Herrera, aplicó una política de mayor control de la prensa que tuvo como resultado una oleada de sanciones, de multas, secuestros de ediciones y cierres temporales que afectó a numerosas publicaciones en los últimos meses de 1974 y a lo largo de 1975.

En esos meses de agitación social y represión gubernamental publicaría Bergamín el artículo «El orden y la justicia³⁴», aparecido en octubre de 1974, en el que afirma que no puede haber orden posible sin justicia, contradiciendo así las políticas conservadoras que avalaban el ambiente represivo del tardofranquismo. Ante la incertidumbre que imperaba en aquellos momentos, promovía la reflexión sobre la historia de España, e insistía en la necesidad de adoptar una perspectiva histórica para poder ver «las cosas que pasan y que no³⁵».

En otro artículo posterior, de noviembre de ese mismo año, titulado «Dires y diretes humoreantes³⁶», encontramos un clarividente diálogo humorístico sobre la previsible *instauración-restauración* de la Monarquía borbónica. Se denuncia en él el silencio general sobre el error histórico que supuso la precedente restauración en España, hecho en el que asentaba su propio posicionamiento republicano. La apertura del franquismo significaba, desde esta perspectiva, cerrar la vía hacia una tercera república y regresar a la vieja Monarquía borbónica, un retroceso histórico que implicaba la continuación de las «interrupciones obstaculizadoras tradicionales». Bergamín procuraba romper el tabú sobre la injusticia que significaba el orden franquista establecido, y animaba a desafiar el miedo a reivindicar un cambio profundo por temor al estallido de una nueva guerra civil. Denunciaba por ello la interesada identificación que se hacía de la Segunda República con «tormentosas resonancias históricas», siendo en realidad esas *resonancias* consecuencia directa del decadente reinado de Alfonso XIII. De este modo ponía de relieve una asignatura entonces pendiente, como era recuperar la historia distorsionada y falsificada por el franquismo.

La postura de Bergamín iba a contracorriente, pues dicha asignatura quedó pendiente en gran medida durante la Transición y la consolidación de la democracia en España, generalizándose la opinión de que era aconsejable «no mirar atrás». El escritor se distanció muy pronto de este punto de vista, como muestran los artícu-

³² Bergamín, José, «Muerte perezosa y larga», *Sábado Gráfico*, volumen 900, 15.

³³ Bergamín, José, «Si amanece nos vamos...», *Sábado Gráfico*, volumen 901, 25.

³⁴ Bergamín, José, «El orden y la justicia», *Sábado Gráfico*, volumen 908, 15.

³⁵ Ibid.

³⁶ Bergamín, José, «Dires y diretes humoreantes», *Sábado Gráfico*, volumen 909, 25.

los analizados. Un año antes de la muerte de Franco aparecen ya los rasgos principales que marcarían el discurso disidente de Bergamín en la Transición, un discurso republicano y anti-monárquico asentado en las mismas bases expuestas en artículos publicados durante sus dos exilios o su primer retorno³⁷. Este discurso entró en clara confrontación con el relato que se gestó durante el tardofranquismo y que permitió posteriormente legitimar la Monarquía de Juan Carlos I.

Bergamín desarrolla en sus artículos su propia perspectiva republicana de la historia de España contemporánea, y responsabiliza a la dinastía borbónica de la guerra civil permanente que caracterizó al siglo XIX, un período que en su opinión expresó ejemplarmente en sus novelas Pérez Galdós. Las dos repúblicas históricas significaron la revelación de una situación cuya esperanza quedó frustrada en ambos casos, cuestión esencial sobre la cual la mayoría de los españoles no pensaba ni se pronunciaba en aquellos momentos cruciales que vivía España. Así lo explica el escritor en el diálogo humorístico que comentamos:

- «_ El que hay. “Orden es el que hay”, como decía don Miguel de Unamuno.
 _ ¿Y no puede haber otro?
 _ Eso dicen.
 _ Pues no me digas más.
 _ Algo más te diría.
 _ ¿De lo que se dice o rumorea?
 _ Sí, se dice, entre otros decires rumoreantes, que ahora no conviene cambiar de ningún modo la continuidad de la interrupción histórica, porque eso sería peligrosísimo y podría romper el orden en que estamos, al parecer, establecido para siempre.
 _ ¿Y ese orden es justo?
 _ Justamente es eso lo que no se puede decir.
 _ Pero algo tendrá que cambiar, sin embargo, al restaurarse, ¡perdón!, he querido decir instaurarse la Monarquía de nuevo. ¿Qué se dice de eso?
 _ Poca cosa: se dice que hay que cuidar mucho que esa “cosa pública” no se rompa.

- _ ¿Y qué cosa es ésa? ¿No es la República?
 _ No, es la Monarquía instaurada de nuevo que puede evitar el desorden público para que no llegue a revolucionario, lo que provocaría otra guerra civil.
 _ O sea, otra República, que es el nombre de esa “cosa pública” misma.»³⁸

El debate entre monarquía y república, como decíamos, que terminaría siendo excluido del proceso de Transición a la democracia en España, es esencial en el discurso político de Bergamín, quien consideraba que el «Reino sin rey» de Franco encarnaba la continuidad con la Monarquía borbónica suspendida en 1931, algo que había puesto de manifiesto la interinidad del príncipe Juan Carlos en el verano de 1974. Es esta perspectiva histórica la que fundamentará posteriormente sus acusaciones al continuismo que representaba en su opinión el reinado de Juan Carlos I. Su concepción de la república implicaba una ruptura con ese orden monárquico tan perjudicial en la historia de España, por obstaculizar el avance de las libertades y de la democracia, e impedir el surgimiento de una conciencia nacional como la reivindicada en los años treinta por Ortega y Gasset.

En el artículo «Dires y diretes humoreantes», que tan bien resume su posicionamiento político ante la agonía del régimen, Bergamín subraya la ilegitimidad de origen del franquismo. Dicho orden no podía considerarse por ello justo, como tampoco podría serlo cualquier forma de continuación del mismo, argumento que permite al escritor denunciar «la losa del silencio³⁹» impuesta entonces sobre esta cuestión, esencial a la hora de abordar el «hecho sucesorio». Bergamín desarrolla estos argumentos contrarios a la restauración monárquica en artículos posteriores, en los que sigue poniendo de relieve la «actualidad actuante⁴⁰» del siglo XIX en aquellos años setenta. Insiste también en subrayar el símbolo de muerte que

³⁸ Bergamín, José, «Dires y diretes humoreantes», op. cit.

³⁹ Bergamín, José, «La losa del silencio», *Sábado Gráfico*, volumen 920, 8.

⁴⁰ Bergamín, José, «Contemplación de la muerte», *Sábado Gráfico*, volumen 910, 11. Sobre la actualidad del siglo XIX véase entre otros Bergamín, José, «Lo grande y lo chico», *Sábado Gráfico*, volumen 935, 25.

³⁷ Véase como ejemplo: Bergamín, José, «Tercera República», *El Nacional*, 10 de julio de 1963.

representaban tanto el «Reino sin rey» de Franco, como el «rey sin Reino» que pretendía sucederle⁴¹. El día de difuntos de aquel año de 1974, de hecho, ofrecería un significativo homenaje a las olvidadas víctimas del franquismo⁴².

El escritor criticó al mismo tiempo el conformismo de la sociedad española, en la que en su opinión predominaban los «amodorrados corderos quevedescos» y los «adormilados avestruces soñarreros», que viven instalados en el «mundanal ruido» y en la ilusión de un presente en el que el futuro es un tabú⁴³. El soneto «Ecce España», incluido en su artículo «Decires paraboleros», de mayo de 1975, ofrece un retrato bergaminiano de aquel país:

«Tierra de santos y de cantos,
de santeros y de copleros,
de bailaoras y toreros,
de maravillas y de espantos.

Y de tantos y tantos y tantos
pícaros y místicos y logreros
y caballeros milagrosos
(si malas capas, peores mantos).

Gente que baila siempre al son
que le tocan para su danza;
danza que sale de la panza

para hacer de tripas corazón.
Que con razón o sin razón
lleva todo a punta de lanza.»⁴⁴

Cierta ceguera histórica caracteriza a los españoles en lo político, en lo moral, en lo estético y en lo religioso, según el escritor, como mostraba la inadvertencia del «mal paso⁴⁵» histórico

⁴¹ Cf. Bergamín, José, «Evidencias», *Sábado Gráfico*, volumen 923, 21; «Contemplación de la muerte», op. cit.; «Cristales del tiempo», *Sábado Gráfico*, volumen 913, 7 y 12.

⁴² Bergamín, José, «Sepulcros blanqueados», *Sábado Gráfico*, volumen 911, 25.

⁴³ Bergamín, José, «Parábola parabolera», *Sábado Gráfico*, volumen 914, 29.

⁴⁴ Bergamín, José, «Decires paraboleros», *Sábado Gráfico*, volumen 938, 23; reedición parcial en *Poesías completas*. Valencia / Madrid, Pre-Textos / SECC, 2008, 39.

⁴⁵ Bergamín, José, «Un mal paso», *Sábado Gráfico*, volumen 919, 21.

que estaba a punto de darse en España y que todo parecía predecir entonces. De ahí la urgencia y la necesidad de la toma de conciencia histórica que podían ofrecer obras como la de Pérez Galdós. Sobre todo para la joven generación que se consideraba así misma inocente, por haber nacido tras el «mal paso» de 1936, ignorando que no se le había dado cuenta de aquella historia. El escritor cita un dicho francés sobre las jóvenes generaciones que no habían hecho la guerra y que, por eso mismo, debían hacerla, cuestionando así una inocencia que en su opinión no era motivo de vanagloria. En su «Sonetino para jóvenes premilenarios de hoy», aparecido en junio de 1975, Bergamín animaba a tomar conciencia del miedo que marcó a aquella generación formada bajo el franquismo:

«Tenéis miedo de pensar.
Tenéis miedo de sentir.
Tenéis miedo de vivir.
Tenéis miedo de soñar.

Tenéis miedo de mirar
y ver, de escuchar y oír.
Tenéis miedo de decir.
Tenéis miedo de callar.

Tenéis tantísimos miedos
que hacéis de tanto terror
huéspedes a vuestros dedos,

temiendo y [temblando] tanto
de todo, que hasta el amor
lo hacéis infernal espanto.»⁴⁶

Bergamín pensaba que esa generación atemorizada, al no sentirse culpable, podía quedarse sin conciencia histórica, lo que podría llegar a provocar una interrupción de la historia de España, un aspecto que adquiriría gran relevancia al surgir a finales del siglo XX los debates sobre las generaciones y la memoria⁴⁷. El español «actual» que se queda sin pasado, afirmaba el escritor a mediados de los años setenta, pierde tanto su naturaleza histórica como su lenguaje

⁴⁶ Bergamín, José, «Asombros chinoscos», *Sábado Gráfico*, volumen 94; reedición en *Poesías completas*. op. cit., 41-42.

⁴⁷ Cf. Aróstegui, Julio (ed.), *España en la memoria de tres generaciones. De la esperanza a la reparación*. Madrid, Complutense / Fundación Largo Caballero, 2007, 230.

y su paisaje, por eso más que verse Bergamín como un «desterrado espiritual», veía a aquella España desterrada de sí misma⁴⁸. A este proceso lo denomina «La desespañolización de España», preguntándose dónde estaba la España verdaderamente española, una España que no era precisamente la *españolizada* o *españolista* que representaba el franquismo, falsificándola. Por ello afirmaba con Unamuno: «Españólate, español, pero no te españolices⁴⁹». Y se preguntaba dónde estaba esa «comunidad de destino» de la que habló Ortega y Gasset en vísperas de la Guerra Civil, señalando la necesidad de que los españoles tomasen las riendas de su propio destino histórico, lo que significaba para el filósofo en aquella época la esencia misma de la república frente a la tutela monárquica. Además de reavivar el pensamiento orteguiano de los años treinta, Bergamín recordaba que el artículo cinco del segundo capítulo de la Constitución de 1812 empieza afirmando: «Son españoles todos los hombres libres⁵⁰».

Aquella generación que tanto preocupaba al escritor, la del 56, fue la que acabaría por «echar al olvido⁵¹» voluntariamente el pasado, según ha argumentado el historiador Santos Juliá, elaborando un relato de la Guerra Civil basado en la reconciliación y en la responsabilidad compartida en el que se fundamentó el llamado «espíritu de la Transición». Bergamín desafió abiertamente este tipo de posicionamiento por considerarlo conformista y cobarde. En artículos como «Tengamos la guerra en paz⁵²», de marzo de 1975, rechaza con rotundidad la necesidad de olvidar que plantearon en primer lugar los responsables de la Guerra Civil, según han argumentado otros historiadores como Julio Aróstegui⁵³:

«Tengamos la guerra en paz, dice el avestruz sacando del blando plumaje en que la esconde para dormir sin soñar siquiera. Y no quiere que nadie le diga lo contrario. Mucho menos, quien, en el honrado ejercicio de su profesión notarial, da fe de lo que ve y levanta su acta correspondiente, aunque ésta resulte acusatoria: con una terrible acusación que dice que “la guerra no ha terminado” [...]

Tengamos la guerra en paz, dice el avestruz ocultando su cabeza bajo el ala para seguir durmiendo apaciblemente bajo el blando plumaje en que la esconde: para seguir haciéndola o dejándola hacer, sin enterarse, de ese modo tan civil como incivilizado.»⁵⁴

El escritor opone a la voluntad de «tener la guerra en paz», es decir, de continuarla o renovarla por medios pacíficos, la de «la paz en la guerra» que caracterizó a Unamuno, único modo, tal vez, de acabar con una guerra civil. Dignificarla como un «duelo caballeresco» —y con una «paz de Vergara», como la que dio fin a la Primera Guerra Carlista—, permitiría que no terminase como una indeseable «guerra desarmada», o una «paz armada»: «Cuando de ese modo se mienten lo que son a sí mismas, enmascarándose de lo que no son, lo mejor es desenmascararlas⁵⁵».

Bergamín mantendrá esta misma posición hasta el final de sus días, desafiando aquella pretensión de reconciliación nacional que justificaría el proceso de cambio político posterior. La guerra seguía sin terminar para el escritor, como ya había confesado a André Camp en su entrevista en París en 1965, al iniciar su segundo exilio⁵⁶. Aquella guerra continuaba por no querer terminar verdaderamente con ella el cobarde y falso pacifismo que en su opinión la perpetuaba, manteniendo de ese modo una paz militar. Al final de su vida el escritor radicalizaría estos argumentos, ofreciendo declaraciones que re-

⁴⁸ Bergamín, José, «El destierro espiritual», *Sábado Gráfico*, volumen 934, 25.

⁴⁹ Bergamín, José, «La desespañolización de España», *Sábado Gráfico*, volumen 936, 25.

⁵⁰ Ibid.

⁵¹ Cf. Juliá, Santos, «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición», *Claves de la Razón Práctica*, volumen 129, 2003, 14-24.

⁵² Bergamín, José, «Tengamos la guerra en paz», *Sábado Gráfico*, volumen 926, 21-22.

⁵³ Aróstegui, Julio, «La Transición a la democracia, “matriz” de nuestro tiempo reciente», en Quirosa-Cheyrouze, Rafael (coord.), *Historia de la transición en España. Los inicios del proceso democratizador*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2007, 39.

⁵⁴ Bergamín, José, «Tengamos la guerra en paz», *Sábado Gráfico*, volumen 926, 21-22.

⁵⁵ Ibid.

⁵⁶ Camp, André, «Entretiens avec un fantôme. Les confidences de l'écrivain espagnol José Bergamín recueillies par André Camp», en López Cabello, Iván; Roullière, Yves (ed.), *José Bergamín et la France*, Nanterre, Université Paris Ouest Nanterre La Défense, 2011, 206.

sultán aún hirientes e incomprendidas, al llegar a defender la necesidad de otra guerra civil para aclarar la confusa situación en que estaba sumida la España de la Transición⁵⁷. Esta postura desafiante se fundamenta en la crítica de Bergamín a una aparente reconciliación nacional bajo la que se escondería en realidad un interesado «contubernio patriótico⁵⁸», promovido por ciertos sectores del franquismo y de la oposición antifranquista, un proceso que se fue perfilando en los últimos años de la dictadura, ante la previsible muerte de Franco. En artículos de 1974, el escritor ya había advertido que el gesto de tender la mano promovido por el PCE, en sintonía con la Iglesia Católica⁵⁹, podía implicar lo que le ocurrió al don Juan de Zorrilla, al decirle la estatua de don Gonzalo: «conmigo al Infierno ven⁶⁰». La pretendida reconciliación nacional podía significar, del mismo modo, caer en la «estupidez satánica» del franquismo agonizante, condenando a la oposición antifranquista a una rendición política que enterraría definitivamente su conciencia, su memoria y la dignidad de su lucha, lo que sumiría a España en una situación esperpéntica y gregueresca⁶¹.

Tras largos años de discusiones, y cuando parecían canceladas las propuestas gubernamentales aperturistas, Arias Navarro decidió impulsar el estatuto de asociaciones políticas, siendo promulgado en diciembre de 1974 el Estatuto Jurídico del derecho de asociación política. El presidente asignó al Consejo Nacional del Movimiento las principales competencias sobre las asociaciones, que eran sometidas a un férreo control y a duros requisitos que constituían obstáculos casi insalvables para su creación. El Estatuto no siguió la vía de las posiciones más reformistas e incluía una alusión crítica a la democracia liberal, por lo que fue rechazado por aperturistas como Manuel Fraga, sin contentar tampoco a los ultrafranquistas, que si-

guieron viendo en las asociaciones el germen de la destrucción del régimen.

El desarrollo del asociacionismo político mostró la irresoluble contradicción conceptual y política entre el pluralismo y el Movimiento Nacional, así como la incapacidad de atraer a ningún sector significativo de la sociedad española, ni siquiera dentro del franquismo, por lo que el estímulo de participación política en el marco del ordenamiento franquista para legitimar y asegurar el futuro del régimen estaba abocado al fracaso. El Gobierno no logró tranquilizar la situación política general ni escapar a nuevas tensiones y crisis gubernamentales, como la que se produjo en marzo de 1975. Para dinamizar el asociacionismo, Herrero Tejedor fue nombrado director del Movimiento Nacional – tras el fallecimiento de José Solís Ruiz–, y Adolfo Suárez vicesecretario, presidiendo este último además la principal asociación bajo la cual propugnaría un limitado e impreciso reformismo.

En este contexto, y con motivo de un artículo publicado en *Sábado Gráfico* por Jesús Esperabé sobre la «prefabricación» de las asociaciones políticas –que terminaba humorísticamente con un antiguo «couplet del cangrejo»–, Bergamín ofreció un breve comentario en el que esclareció su opinión sobre el citado proyecto gubernamental. El escritor completa el citado cuplé asociando la imagen del cangrejo al del «jefe del partido reaccionario», por su andar «siempre p'atrás», consciente o no de ello. En su opinión esta metáfora, que integrará a su perspectiva crítica sobre un avance democrático que consideraba en realidad un retroceso, por su carácter monárquico, servía de prevención contra los «fabricantes y prefabricantes de trampas leguleyas que nos quieren hacer creer en la inmortalidad del cangrejo⁶²». Bergamín pretendía así desenmascarar las intenciones oscuras de quienes se mostraban partidarios de la restauración monárquica en España, a quienes denominaba con burla «loritos reales⁶³».

Agarrado al «clavel ardiendo» que representaba el camino emprendido por Portugal tras la Revolución de los Claveles, Bergamín defendía

⁵⁷ Guixeras C., «José Bergamín», *Diario 16 (Disidencias)*, volumen 75, 2.

⁵⁸ Cf. Bergamín, José, «Un buen recuerdo. Antonio y Manuel Machado», *Sábado Gráfico*, volumen 927, 25, y «Esperpento y greguería», *Sábado Gráfico*, volumen 952, 21.

⁵⁹ Bergamín, José, «Sí, pero no», op. cit.

⁶⁰ Bergamín, José, «Sepulcros blanqueados», op. cit. Zorrilla, José, *Don Juan Tenorio. Drama religioso-fantástico en dos partes*. Madrid, Antonio Yenes, 1846, 122.

⁶¹ Bergamín, José, «Esperpento y greguería», op. cit.

⁶² Bergamín, José, «La inmortalidad del cangrejo», *Sábado Gráfico*, volumen 928, 25.

⁶³ Bergamín, José, «Claveles y clavos», *Sábado Gráfico*, volumen 950, 21.

una política clara, «a la francesa», frente a la política que anunciaba una restauración espesa y turbia, como el «chocolate a la española⁶⁴». En artículos posteriores utilizará esta metáfora para describir esa democracia «a la española», y exigir la *claridad* de que habló Ortega y Gasset en tiempos de la Segunda República⁶⁵.

La crisis del régimen franquista se hizo insostenible ante la situación de tensión del verano de 1975, que terminó con la instauración de un estado de excepción permanente en respuesta a la violencia terrorista y a la conflictividad social y política. Recurriendo de nuevo a la metáfora del cangrejo, que identificaba con el franquismo, Bergamín llega pronosticar aquel verano el final de la dictadura, pensando que los Estados totalizadores mueren víctimas de su defensivo y ofensivo poder cesarista. Al morir cambian rápidamente de color, dice el escritor, pasando, como los citados crustáceos, «de lo rojo a lo negro⁶⁶».

El final del verano se caracterizó, de hecho, por la limitación de los escasos derechos y de las formales garantías individuales. Se produjeron entonces detenciones, procesamientos y consejos de guerra que terminaron con la ejecución de miembros de ETA y del FRAP, propagándose el miedo que nunca había desaparecido de la sociedad española. Con estas últimas ejecuciones, el régimen franquista terminaba como había empezado: entre sangre y arbitrariedad. La amplia movilización para conmutar las penas y las peticiones de indulto desde todo el mundo resultaron inútiles y no consiguieron la gracia que acordó Franco en 1970, con el proceso de Burgos, lo que provocó una condena internacional desconocida desde la Segunda Guerra Mundial que reenviaría en parte al régimen al ostracismo de posguerra. La Conferencia Episcopal también participó en esta condena, lo que no impidió a Bergamín denunciar el silencio que venía practicando la Iglesia Católica ante la tortura en España y su interesada prudencia política⁶⁷.

⁶⁴ Ibid.

⁶⁵ Ortega y Gasset, José, «En nombre de la nación, claridad», *El Sol*, 29 de diciembre de 1933, 1.

⁶⁶ Cf. Bergamín, José, «Lo rojo y lo negro», *Sábado Gráfico*, volumen 944, 21.

⁶⁷ Bergamín, José, «La muerte, la Iglesia y el Diablo», *Sábado Gráfico*, volumen 965, 25.

El desconcierto de la clase política franquista impuso el cierre de filas y la apelación a la defensa de la Patria, sumándose a las movilizaciones callejeras ultras una concentración de adhesión al régimen el 1º de octubre de 1975, en la plaza de Oriente de Madrid, con una de las últimas apariciones de Franco, que reavivó el recuerdo de los orígenes de la dictadura. La elite franquista comprendía que el futuro era más incierto que nunca, coincidiendo todos en el cierre de filas en defensa de un Gobierno que representó el último intento de apertura en vida de Franco. Este último intento de apertura había iniciado una lógica elaborada en previsión del «hecho sucesorio», que permitió la introducción de las asociaciones en el seno del Movimiento Nacional, y favoreció el derecho de huelga y una mayor tolerancia informativa y cultural. El fracaso del «espíritu del 12 de febrero», sin embargo, llevó al borde de las rupturas las divisiones internas entre ultras, reformistas, falangistas y tecnócratas, mostrándose el Gobierno incapaz de superar la división de la clase política franquista, provocada por la necesidad de unos cambios profundos que eran inasumibles para la mayor parte, pero imprescindibles ante la expansión de la conflictividad social y el inicio de la recesión económica.

Ante el nuevo empeoramiento de la salud de Franco, a finales del mes de octubre de 1975, el príncipe Juan Carlos de Borbón debió sustituirle por segunda vez y asumir las funciones de Jefe del Estado hasta la muerte del dictador, el 20 de noviembre, tras una larga agonía. Bergamín no prestó en sus artículos especial atención a este relevante suceso, lo que muestra su interés no tanto hacia el cadáver como hacia la «obra de los gusanos» que se estaba llevando a cabo y que se concretaría con la instauración dos días después de la Monarquía de Juan Carlos I de Borbón, acontecimiento histórico que sí estimuló sus reflexiones al terminar aquel año.

En su artículo «El Tribunal de la Historia⁶⁸», aparecido en febrero de 1976, Bergamín ofrece una reflexión sobre la célebre declaración de Franco ante las Cortes reunidas en Pleno extraordinario del 22 de julio de 1969, con motivo de la sucesión a la jefatura del Estado: «Así pues,

⁶⁸ Bergamín, José, «El Tribunal de la Historia», *Sábado Gráfico*, volumen 978, 21.

consciente de mi responsabilidad ante Dios y ante la Historia, y valorando con toda objetividad las condiciones que concurren en la persona del Príncipe don Juan Carlos de Borbón y Borbón...⁶⁹». «¿Ante qué Historia y qué Tribunal responde un hombre que declara que sus actos sólo son responsables ante ellos?», preguntaría el escritor. Se dirigía especialmente a «los señores académicos de la Historia», contra quienes confrontaba su nietzscheana interpretación de la historia: «La tradición prevalece sobre la Historia cuando la Historia lo es de veras viva, y no anatómica representación abstracta; autopsia de un cadáver. Cuando la Historia todavía tiene alma⁷⁰».

Tiempo después, en abril de 1977, Bergamín publicó en *Sábado Gráfico* dos sonetos dedicados a la muerte de Franco, el segundo de ellos acróstico, en los que aparecen de nuevo los «gusanos» devoradores de quien «bien muerto» estaba:

«Dos sonetos fúnebres
(A imitación de Quevedo.
Atribuidos a José Bergamín.
Uno es acróstico.
Los dos deben leerse y releerse
—si no rumiarse— con apesadumbrada lentitud).

I
Murió Almanzor y no murió el espanto
que causara su muerte a España entera.
(Porque nadie creyó que se muriera
sino que se dormía como un santo).

¡Ay! Antes de morir lloraba tanto,
y de tan cocodrítica manera,
que parecía que borrar quisiera
tanta sangre vertida, con su llanto.

Redoblaron tambores por un muerto
tan inmortal, que hasta la gusanera
devoradora de su cuerpo yerto

llegó a creerse que también lo era.
Y que continuaría su memoria
más allá de la muerte y de la historia.

⁶⁹ «Texto del mensaje leído personalmente por su excelencia el jefe del Estado», *ABC*, 23 de julio de 1969, 19.

⁷⁰ Bergamín, José, «El Tribunal de la Historia», op. cit.

II
Bienes y males, penas y alegrías,
inclinan nuestra vida a la mudanza
en un mundo en que la desesperanza
nace y muere en nosotros con los días;
mueren y nacen las melancolías
una vez y otra vez, hasta que alcanza
el alma a ver, como macabra danza,
renacer sus mortales agonías;

tan espectral concierto y desconcierto
o confusión de voces y de manos
en fantasmal resurrección de un muerto,

si no vence en su furia a los gusanos,
tanta será, que volverá su empeño

ámbito sepulcral de un mortal sueño.»⁷¹

⁷¹ Bergamín, José, «Dos sonetos fúnebres», *Sábado Gráfico*, volumen 1036, 10. Estos dos sonetos forman parte de la sátira política en verso que publicó el escritor posteriormente en *Sábado Gráfico* (cf. López Cabello, Iván, «Coplas, canciones y sonetos para antes de unas elecciones. La sátira política en verso de José Bergamín en la primavera de 1977», en Navarrete Navarrete, María Teresa; Soler Gallo, Miguel (ed.), *Ay, ¡qué triste es toda la humanidad! Literatura, cultura y sociedad española contemporánea*. Roma, Aracne, 2013, 193-202).